

EN LAS FRONTERAS DE LA ANTROPOLOGÍA

MARIANO FLORES CASTRO

El conocimiento obtenido por un antropólogo a lo largo de su carrera suele estar estrechamente vinculado con las experiencias espirituales de los grupos o individuos, objeto de sus investigaciones. De ahí surge la pregunta ¿qué resultaría de sus pesquisas si añadiera la sensibilidad y el paradigma artístico? Esta posibilidad es deseable, puesto que sería difícil explicar la complejidad del género humano sin sus creaciones e invenciones de toda índole, por extrañas o ajenas que parezcan. Es obvio que el arte proporciona información valiosa sobre la identidad y la vida cotidiana de quienes lo crearon, pero en este terreno la antropología ha desempeñado un papel un tanto marginal. Aún es polémico aceptar que si un monolito como la *Coatlicue* puede ser leído desde la perspectiva de un arqueólogo, nada impide la *lectura* alternativa de un esteta (véanse para el caso los ensayos de Justino Fernández, Beatriz de la Fuente o Rubén Bonifaz Nuño) o bien de un historiador de las religiones. Los distintos enfoques arrojan luz sobre la diversidad, asociada con las reflexiones y pasiones de quienes se adentran en la polisemia de cada obra examinada. Esa riqueza inagotable, que por fortuna anula toda homogeneidad de criterios y gustos,

es cultura al rojo vivo. O mejor aún y sin metáforas: es cultura viva. Mientras la historiografía tiene sus paladines y santones, pocos parecen estar haciendo la antropología de (sobre) los antropólogos de hoy, la cual revelaría interesantes facetas de su quehacer humanístico.

Algo se mueve y cambia cuando un antropólogo se desempeña, al mismo tiempo, como un estudioso de las obras de sus congéneres y como un artista que propone su propia creatividad como una aportación cultural, más allá de sus afanes de corte académico. Lo previsible es que sus colegas aprecien su trabajo alterno con mirada suspicaz o con franco escepticismo. Ante los dibujos de Luis Barjau el problema se complica, puesto que se trata de un investigador con una larga trayectoria dentro del Instituto Nacional de Antropología e Historia, con una sólida obra publicada; pero también de un poeta, un novelista, un reconocido mitógrafo y, como puede apreciarse en las páginas del presente número de *Diario de Campo*, también un notable dibujante, tan diestro como innovador.

¿Domina en el quehacer de Barjau el compromiso con el conocimiento científico o la pasión por la creación artística? Es lo de menos. Lo importante es que se



promueva y se preserve esa otra parte del patrimonio cultural de México, surgida de las entrañas de las instituciones o de las profundidades del anonimato, porque los tiempos no están para remilgos frente a la heterodoxia. Sería lamentable que las creaciones plásticas de nuestros antropólogos e historiadores circularan exclusivamente entre los amigos y colegas, ya que, por supuesto, interesan muy poco a los museos y galerías convencionales. En ese sentido, el rescate que hace ahora *Diario de Campo* de los dibujos de Luis Barjau es encomiable y oportuno en más de un sentido.

El caso de Barjau —y antes el de Miguel Covarrubias, con quien el tabasqueño guarda semejanzas— sirve para ejemplificar los potenciales arriba sugeridos. Estamos ante un antropólogo abrazado a lo humano en la totalidad de su amplitud y diversidad; quizás por eso en sus dibujos se aprecian las influencias de casi todas las vanguardias del siglo XX, en particular las relacionadas con dadá y el surrealismo, con tintes de expresionismo alemán a la manera de Otto Dix y la *Neue Sachlichkeit*. Sus trazos son producto de una mente que explora con desenfado y soltura los meandros de la for-

ma, auxiliado por técnicas que él mismo ha inventado, reinterpreta el amplio repertorio del arte moderno hasta lograr arrancarle sus secretos. Y aquí es importante advertir que Barjau está lejos de ser un dibujante comprometido con alguna precisión estructurada. Sus tintas fluyen por la superficie del papel en busca del accidente gráfico, persiguiendo la sorpresa que aparece cuando se desbloquea la trabazón esquemática del realismo. Todo ello en blanco y negro (a veces con un leve acento de color), como la pintura china, con la que guarda afinidades evidentes.

En los dibujos de Barjau los valores de los grises surgen del gesto, del *impromptu* o la improvisación casi jazzística, que desemboca siempre en una imagen inesperada, mas no descontrolada. Dibujos que transitan entre la abstracción y el figurativismo, entre la representación libre de formas humanas y la metamorfosis de animales que parecieran dialogar dentro de un sueño y a ratos dentro de una atmósfera que, como las pesadillas, se resuelve en lo imposible. Véanse por ejemplo los dibujos de intención erótica, en que las manchas fungen como cuerpos y los voluntarios escurrimientos



de la tinta se tornan texturas y hacen las veces de complejas vestimentas. Luego los experimentos en los que aparecen ciudades en pleno vuelo, derrumbándose sobre paisajes alucinantes, o los personajes cuya identidad nos es tan familiar y a la vez tan extraña. Algunas figuras se aproximan a lo escultural por los volúmenes obtenidos de la frotación del papel bañado de tinta contra superficies contrapuestas, lo que nos hace pensar en los dibujos de Henri Moore. En fin, cómo pasar por alto los intensos retratos que este creador desprende de su memoria o de una inquietante capacidad de diálogo con sus fantasmas.

Los dibujos de Luis Barjau están llamados a ilustrar una parte significativa de nuestro tiempo, como lo han hecho antes José Clemente Orozco y José Luis Cuevas, para mencionar sólo dos de las luminarias que más pesan sobre la conciencia estética del antropólogo-artista. La descomposición moral, el caos afectivo, la fealdad exterior e interior, el cinismo de una sociedad metalizada y yerma quedan plasmados con maestría exenta de retórica. Pero Barjau parece decirnos a la vez, con su peculiar expresionismo y su inveterado buen humor, que

todavía hay una luz de esperanza en la creatividad y la imaginación, que no todo ha de perderse en el desenfreno que nos plantea la globalización homogeneizadora y aberrante, cuyo ímpetu de barbaries remotas neutraliza todo intento por ser productivo en diferentes ámbitos de la vida. Para él, como para todo ser sensible, el universo no se reduce a la rutina del trabajo-como-duermo-trabajo, sino que se expande hacia ideas, exploraciones y realizaciones espiritualmente enriquecedoras, tanto para él como para nosotros. El ejercicio de la libertad creativa es privilegio de quienes viven el mundo no como espectadores, sino como actores principales de su época, con todo lo que de ello se deriva.

Para poder cerrar un círculo virtuoso que abarque la antropología y el arte será preciso conjugar nuevos ánimos y tradiciones ancestrales. Luis Barjau parece avanzar a la cabeza de las primeras brigadas de imaginadores de un mundo menos compartimentado y estéril. Y es que, como escribió el poeta T.S. Eliot hace casi un siglo: “No dejaremos de explorar. Y el final de nuestra exploración será llegar al lugar del que partimos y conocer el sitio por primera vez.”



Nuestra Señora de la Cruz
y del Aguete

D. Bayan
2005